

ALAIN MINC

LA NUEVA EDAD MEDIA. EL GRAN VACÍO IDEOLÓGICO

UNA SOCIEDAD SIN RUMBO

Por F. JAVIER FRANCO SUANZES

MINC, Alain. Le Nouveau Moyen Age (1993). Ediciones Gallimard. Edición en español, La nueva Edad Media. El gran vacío ideológico (1994). Ediciones «Temas de Hoy».

Alain Minc, de origen polaco, nació en París el 15 de abril de 1949. Es ingeniero de minas y diplomado por la IEP de París. Ha sido inspector financiero. Actualmente es presidente del AM Conseil y de la Sociedad de Lectores del periódico *Le Monde*, donde colabora asiduamente. Coopera, así mismo, en *Le Figaro* y en los más prestigiosos semanarios franceses. Es autor de las siguientes obras: *Informe sobre la informatización de la sociedad* (con Simon Nora -1978-), *La Post-Crisis ha comenzado* (1982), *L'avenir en face* (1984), *El síndrome finlandés* (1986), *La máquina igualitaria* (1987), *La gran ilusión* (1989), *L'argent fou* (1990) y *Le media choc* (1993).

En esta obra, el autor alerta sobre la difícil situación que atraviesa la humanidad. Con la caída del imperio soviético, el antiguo orden mundial apoyado en el equilibrio antagónico de las «*fuerzas imperialistas*», ha desaparecido, dando paso a unas nuevas estructuras vagas y aleatorias mucho menos seguras. Este tipo de estructuras, carentes de sistemas organizados, construidas sobre lo indeterminado, lo aleatorio, lo vago y lo indefinido

conforman un estado que Alain Minc titula «*La nueva Edad Media*». Surgen lo que el autor denomina «*zonas grises*», por el debilitamiento del orden constituido, la pérdida de la razón como fundamento rector y la desaparición de un universo ordenado; al tiempo, aparecen nuevas zonas y elementos de crisis. Se hace pues necesario volver a poner en función todo un sistema que equilibre el complejo mundo de las relaciones internacionales.

El autor divide su obra en tres partes: la primera la denomina «*la era de la confusión*»; la segunda «*la era de los espasmos*»; y la tercera «*la búsqueda de un orden*».

En esa primera parte, Minc tacha de ingenuas las iniciativas y aspiraciones, que tras la caída del muro de Berlín, consideraban que el establecimiento de la paz universal era algo evidente. El autor, inicia el análisis sobre la confusión, con el estudio de la situación europea. Las incidencias, tanto económicas, como demográficas e ideológicas que puedan afectar a los antiguos satélites de la URSS, tendrán repercusión en los países del oeste europeo generando inestabilidad. Menciona también a Rusia, que a pesar de sus enormes problemas económicos, sociales y políticos, continúa manteniendo un cierto *status* de potencia, aunque sólo sea, como dice Minc, por el peso de la historia y el poderío nuclear que todavía almacena. Además, nada nos permite garantizar que Rusia haya renunciado a su carácter imperialista. Por ello, occidente corre el riesgo de despertar al gigante dormido harto de tanto desprecio y humillación.

Ante la desaparición de los mecanismos que garantizaban la estabilidad, surgen los desordenes de la nueva Edad Media. En Europa, esos desordenes se manifiestan en los regionalismos, que aparecen con más fuerza que nunca, como un «*viejo demonio*», precisamente cuando las ideas de un federalismo europeo pierden protagonismo. Otro factor que contribuye al desorden, es la inevitable retirada americana del continente europeo, pues la razón de su presencia no fue otra que el expansionismo soviético y por tanto, no regresarán, salvo que surja un «*drama que tenga a Rusia como actor principal*». Actualmente, sus focos de interés se encuentran en América del Sur y al otro lado del Pacífico.

Se está gestando una nueva Europa, que según el autor, ya no es en sí misma sinónimo de paz. Y ante ese nuevo reto los europeos han preferido cerrar los ojos.

«*Una nueva Europa que surge, entre otras cosas, por la desaparición de un tabú que, durante casi medio siglo, ha garantizado la paz en el continente: la intangibilidad y la inviolabilidad de las fronteras*».

Con la caída de la Unión Soviética, desaparece el mecanismo regulador que garantizaba la estabilidad y el enemigo que aseguraba la cohesión de los distintos países europeos. Nos hemos quedado sin referencia; carentes de «*chivo expiatorio*», los europeos se encuentran también faltos de un director de orquesta ante el vacío dejado por los EEUU. Esa hipotética nación capaz de dirigir el futuro destino de Europa pasa, en opinión del autor, por Alemania. Sin embargo, los germanos mantienen un «*rechazo activo*» a convertirse en los líderes del nuevo orden europeo. Los restantes actores: franceses, ingleses o rusos, no gozan del prestigio suficiente para tal empresa.

Para Alain Minc, no se trata de añorar la época de rivalidad de las dos grandes potencias, sino del equilibrio que impulsaban entre los países sobre los que ejercían su influencia. Se trataría, en su opinión, de reinterpretar el concierto de las naciones para mantener el orden, obligando a esos países menores a comportarse de manera adecuada.

A Europa le «*pesa*» demasiado la historia, pero el problema no es ya el imperialismo alemán, ni las relaciones franco-germanas, ni el nazismo. El pasado no va a determinar el futuro. El problema radica en los nuevos riesgos que amenazan en el horizonte, «*la caldera ideológica con ingredientes de populismo, nacionalismo, tribalismo, pero también de ecologismo e individualismo*». La incertidumbre que hoy planea sobre Europa, se debe a que las fronteras económicas, políticas y estratégicas, no coinciden, mientras que durante la guerra fría la coincidencia era absoluta.

La actual situación económica no respeta fronteras. En el mapa político, y a largo plazo, esas fronteras, en modo alguno, parecen definitivas. Además, se está conformando un «*puzzle*» que el autor califica de extraño; por un lado, naciones en sus Estados, por otro, ciudades Estado coexistiendo con los antiguos Estados nación, lo que aproxima cada vez más ese caótico mapa político al existente en la Edad Media. Por ello, en este nuevo espacio carente de armonía, podemos encontrarnos, en el peor de los casos, en el continente del caos, y en el mejor, en el de la complejidad.

El análisis que el autor realiza sobre el resto del mundo, no resulta más optimista. La influencia de la retirada de los americanos no se constriñe sólo a Europa, sino que tiene dimensión universal. El liderazgo americano es ambiguo y vacilante, y en estas condiciones no es posible ser el guardián mundial. Estados Unidos, no parece muy dispuesto a comprometerse en costosas intervenciones, salvo que afecten a sus intereses nacionales. Pero el mundo tiene necesidad de líderes enérgicos y la caída del comunismo es un hecho de tal magnitud que habría merecido un liderazgo reflexivo que debió ser asumido por el país americano.

Para Minc, la incapacidad de EEUU para asumir ese papel director, provoca que las tres zonas en las que divide el mundo —la gran América, Asia, y la gran Europa— profundicen en su propia autonomía. Ante esta nueva situación cabe preguntarnos ¿cómo serán las relaciones de fuerza entre las tres zonas?. En la batalla que se acerca, Estados Unidos y por extensión la gran América, parten en situación de ventaja. El mundo al que nos dirigimos, estará marcado por «*tres enormes economías-continente*», el resto del mundo o bien serán áreas sometidas a la influencia de alguna de las tres zonas principales o bien zonas «*desheredadas*». En ese sentido, la tragedia en todo el África central es algo más que previsible.

Por otro lado, las relaciones económicas entre esas tres grandes potencias, no serán equilibradas. Sin un líder carismático, por el vacío dejado por los EEUU, ante la ausencia de un enemigo que aglutine las voluntades, y frente a la falta de un sistema organizativo que regule las relaciones internacionales, el mundo, con una presencia obsesiva y predominante de la economía, se enfrenta a la posibilidad de grandes tensiones económicas y guerras monetarias entre las tres regiones continentes. En tal situación, será imposible buscar un orden y una relación armónica en la búsqueda de una gran economía mundial, a la que conduciría la unión de las tres economías-continente. A lo más que podemos aspirar es al establecimiento de relaciones bilaterales.

Ante un mundo «*desestructurado monetaria y comercialmente*», el orden sólo llegará a través de estructuras de regulación, y actualmente, no existen. Las organizaciones internacionales y regionales, con la ONU a la cabeza se muestran impotentes e ineficaces, sólo la OTAN en el plano militar, mantiene, gracias al liderazgo americano, su credibilidad. Podemos pues afirmar que con la caída del comunismo, se ha cerrado un ciclo caracterizado por la estabilidad y el orden. Las nuevas relaciones entre las potencias estarán mucho más cerca de los intercambios del medievo que de aquellas de los últimos años.

Pero, para Alain Minc, no hay nada que nos acerque más hacia la Edad Media que la extensión de las zonas sin autoridad legal, lo que él denomina «*el triunfo de las sociedades grises*». El orden que teníamos no cesaba de progresar, incluso hasta llegar a ser una amenaza por un exceso de control. Sin embargo, ahora, la amenaza es bien distinta, la vuelta a ley de la selva. La ilegalidad se ha instalado en el seno de las democracias.

Por todas partes progresa lo «gris», la diferencia entre lo prohibido y lo permitido se estrecha hasta casi desaparecer. Ante esta situación, las instituciones y organizaciones, estáticas e incapaces de reaccionar, van perdiendo el control de la sociedad y cada vez, una parte menor de esa sociedad, obedece al principio del orden. Es una situación en que todo está permitido, sin más limitaciones que la fuerza que a esos deseos presenta el oponente. ¿Cómo se explican esos nuevos comportamientos?. Para Alain Minc, las razones son muchas y complicadas: la liberación de los mercados y la explosión financiera, el individualismo egoísta, el hundimiento de las grandes instituciones, la adoración al dinero y la pérdida de los contrapesos morales y religiosos, la aparición de individuos de dudosa moralidad, el sentimiento de impunidad, en definitiva, un irreversible clima social.

Dentro de esas zonas grises el autor sitúa: la corrupción, que afecta a algunos países occidentales; el narcotráfico; la mafia, que se ubica en la periferia de la política en Italia, en el centro en Japón y como espina dorsal en Rusia; los excluidos y desheredados, producto del paro de larga duración; y las micro-comunidades marginales de jóvenes que ignoran y desprecian el sistema. De esta manera, la sociedad oficial que está cada vez más a la defensiva, cede terreno ante la sociedad real e ilegal, cada vez más segura, hasta llegar a tratar a la sociedad oficial en términos de igualdad.

«Para mantener un discurso veraz, el Estado debe reconocer una realidad que no acaba de digerir: su incapacidad para controlar categorías enteras de la sociedad; su voluntad de seguir tratando como desviaciones marginales y con los que tenemos que cohabitar de ahora en adelante»

Pero como indica Minc, la nueva Edad Media no se manifiesta sólo en esa pérdida de las estructuras del orden, ni en la aparición de las denominadas zonas grises, sino básicamente en el repliegue de la razón. Este retroceso se identifica con la aparición de señales propias de épocas ya superadas de la historia. Reaparecen los miedos, los extremismos, la pérdida de los valores tradicionales, mientras germina una variedad de peligrosas ideologías.

Los miedos aumentan en variedad y extensión: miedo al cambio de milenio, como ya sucediera en la antigua Edad Media; miedo al extranjero, ya esté representado por magrebíes, asiáticos, africanos, o europeos del este; psicosis con relación a la seguridad personal, lo que puede llegar a

provocar el miedo al otro; y miedo al retorno de las grandes epidemias.

Pero además del miedo, el pesimismo avanza por todas partes. Los extremistas ganan la batalla y la razón retrocede. La religión que se había replegado sobre lo espiritual abandonando las intervenciones en lo temporal, se radicaliza hacia dogmatismos intransigentes, siendo arrollada por minorías reaccionarias y proselitistas. La vuelta hacia épocas turbulentas se manifiesta también con la reaparición del tribalismo y la expansión de las sectas. En el campo económico, aparecen los fantasmas proteccionistas. Ni los miedos, ni el pesimismo, ni el tribalismo, ni el proteccionismo, facilitan las complejas relaciones de la democracia, y es que en efecto, esta situación no es favorable. Como dice el autor:

«El vértigo de lo desconocido alienta el retorno de las ideologías simples... El mundo de antes precisamente porque era estable, alentaba las ideologías complejas».

Así pues, como ya se ha dicho, nuestra amenaza de hoy no es el nazismo, sino lo que Alain Minc denomina el movimiento «*ecolo-populo-nacionalista*». La ecología en su aspecto reaccionario y en su «*viejo atavismo conservador*»; las nuevas fuerzas populistas de carácter regionalista, que intentan debilitar el Estado central con su discurso antielites y antiinstitución. Frente a estos movimientos, las fuerzas democráticas permanecen sin ideas ni iniciativa.

En la segunda parte del libro, «*la era de los espasmos*», el autor analiza los riesgos a los que se enfrenta la civilización actual. Según Alain Minc, esos riesgos, más peligrosos que los del medievo por la globalización de nuestra sociedad, no deben llegar a ocasionar un estado de caos, salvo que se produzcan de forma simultánea. No obstante, nuestra civilización no es consciente de esa realidad. De la época de la Guerra Fría, mantiene la percepción de que el orden está garantizado, y desde la caída del comunismo, de que no existe un enemigo importante. Esas sensaciones se han instalado en la sociedad y han contagiado a la clase dirigente que mantiene la política del avestruz. Nada más erróneo. De hecho, el admitir y conocer los riesgos actuales, es ya una forma de conjurarlos.

¿Cuáles son esos riesgos?. El primero que cita el autor, es la posibilidad de conflictos en Europa: el problema ruso-ucraniano; una explosión en los Balcanes, con la extensión del conflicto a Macedonia y la implicación de griegos, turcos y búlgaros; una crisis grave entre Rumanía y Hungría; la alta posibilidad de un enfrentamiento turco-iraní y la desestabilización argelina. Todos esos conflictos resultan especialmente graves si conside-

ramos las consecuencias en cadena que se pueden producir, y para los que el mundo actual y sus distintos organismos internacionales, no están preparados.

Detrás de lo anterior, y como un agravante a considerar, aparece el problema nuclear, especialmente delicado por la escalada y proliferación que origina el desorden mundial. Para el autor, ese riesgo se vería agravado si se emplearan las armas nucleares tácticas, pues podría provocar la pérdida del miedo atómico.

El riesgo económico y monetario ante las tentaciones proteccionistas, o en el polo opuesto, los estragos del libre comercio, lo que obliga a plantearse la necesidad del establecimiento de ciertas contenciones entre las tres grandes zonas del mundo.

Otro factor de riesgo importante, es la cuestión demográfica. Pero no la que se produce gota a gota, que es considerada por el autor como «razonablemente controlable», sino aquélla que puede originarse como una hecatombe, por guerra o accidente grave, provocando desestabilizantes desplazamientos de población. Este problema demográfico, a pesar de su gravedad, es ignorado por la sociedad y sus dirigentes.

Por último, otro factor de riesgo es «*la quiebra inevitable de las sociedades occidentales*». Hasta ahora, la sociedad acomodada vivía con un sentimiento de impunidad, pero todo parece indicar que esa cómoda situación se está acabando y que por primera vez, la crisis puede afectar a todos los estratos sociales. El problema radica en que la comunidad no parece muy dispuesta a actuar ante determinados desafíos: la necesidad de intervenir fuera de nuestras fronteras para restablecer el orden; la lucha contra la ilegalidad; el gasto que habría que emplear para reconquistar ciertas zonas sin ley; los sacrificios que debe hacer la Europa rica ante las demandas del este; o los esfuerzos económicos necesarios para actualizar el aparato militar que permita afrontar la amenaza del desorden.

Nos ha tocado vivir un momento en que la opinión pública es un importante actor político que condiciona las decisiones de los líderes y las políticas de los gobiernos. Por ello como dice el autor:

«Cuanto más inestable y frágil sea la sociedad, menos coherente será la opinión pública y menos posibilidades tiene de convertirse en ley el imperio de la necesidad».

Ante este panorama, el autor considera que vuelve la revolución a la Europa occidental. Una manifestación es la actual situación italiana, pri-

mera revolución en occidente desde 1848, donde toda la «*nomenklatura*» se viene abajo con gran escándalo y en un complicado estado interno, por la fuerte presión secesionista ejercida por la Liga Norte.

Para la Europa occidental, el problema italiano no parece contagioso en su forma actual, pero en sus últimas consecuencias representa un importante cambio en el equilibrio de poderes, que aunque en menor escala, afectará hasta el último lugar. La «*trinidad jueces/opinión pública/medios de comunicación*» es, como dice el autor, irresistible, y los demás poderes deberán rendir cuenta ante ellos.

En otros lugares, la revolución toma forma con el resurgir de nuevos Estados. Un ejemplo claro de esta revolución es el «*divorcio de terciopelo entre Praga y Bratislava*». Como dice Alain Minc «*han saltado los frenos*», ya no hay poderes que contengan el desarrollo de los acontecimientos. No sólo se ponen en entredicho las fronteras de 1919, sino aquellas que se arraigan en el siglo XIX. ¿Hasta dónde proliferarán los micro Estados?. En una economía global donde las transacciones económicas y monetarias se resuelven al nivel mundial, ¿tiene importancia el tamaño o la población mayor o menor de un Estado?. Ciertamente la soberanía parece al alcance de cualquier tribu.

El retorno de las revoluciones aporta varias lecciones: primera, ningún Estado puede estar seguro indefinidamente de sus fronteras; segunda, no hay estructura social por sólida o antigua que sea que tenga carácter permanente; tercera, en la actualidad, revolución no es sinónimo de subversión, sino de descomposición; cuarta, la fuerza revolucionaria ya no pertenece a las minorías comprometidas, sino a la opinión pública, los medios de comunicación social, y la justicia; y quinta lección, la revolución sigue siendo una invención europea.

Otro aspecto que a la sombra del holocausto nuclear ha estado ausente, ha sido la crisis. Salvo en dos o tres ocasiones, el enfrentamiento bipolar impidió que se gestasen crisis de importancia. El antiguo orden se construyó sobre la base inmovilista siguiente: la división del mundo en dos grandes zonas de influencia que impedía que cualquier incidente entre naciones protegidas, pudiese llegar a adquirir dimensiones tan preocupantes, como para poner a las dos grandes potencias en peligro de enfrentamiento; la política de la «no intervención» en los asuntos internos de otros Estados; la intangibilidad de las fronteras que convertía el equilibrio mundial como eje fundamental de la actividad internacional; y el propio inmovilismo de organismos como la ONU que había asumido el papel de policía mundial.

No obstante, y como indica Minc, tras la guerra fría la crisis se ha vuelto a instalar entre nosotros y el conflicto de los Balcanes pone de manifiesto la ineptitud de la comunidad para gestionarla. El autor discrepa de aquellos que piensan que las crisis sólo se arreglan en caliente, pues en nuestros días, los acontecimientos se desarrollan a tal velocidad que es necesario actuar de forma preventiva. En el caso de Europa, los mecanismos de cooperación política, retrasan todavía más la toma de decisiones. Por ello, para poder atacar la crisis con éxito, no podemos esperar milagrosas gestiones diplomáticas, es necesario realizar una adecuada prevención de conflictos, o al menos, una reflexión anticipada.

Para el autor, prevenir es conocer los peligros -la «*Biblia*» de los riesgos-, es también reflexionar anticipando y preparando crisis ficticias que nos permitan predecir soluciones y los problemas para ponerlas en práctica. Además, hay que salir del inmovilismo, hay que reflexionar sobre «*la satánica doctrina de la no intervención*» en asuntos internos de otros países, hay que tener en cuenta a las minorías y reconsiderar los santuarios nacionales producto de la intangibilidad de las fronteras.

Según Minc, no hay prevención sin la debida reflexión, pero tampoco sin el respaldo del instrumento militar. Sin la adecuada fuerza militar y su voluntad de uso, la prevención será una utopía. El problema es que en la actualidad ninguna potencia europea posee esa fuerza en la forma adecuada, pues carecemos de la necesaria capacidad de proyectarnos lejos de nuestras fronteras. El esfuerzo presupuestario se debe reorientar para potenciar las armas convencionales, y a su vez, los ejércitos tienen que cambiar desde la concepción estática de contención de la antigua URSS, hacia fuerzas móviles, capaces de actuar siguiendo las directrices marcadas por la política de prevención.

El conflicto yugoslavo ha puesto de manifiesto el fin del mito de Europa como continente de paz. Hay que modificar nuestro aprendizaje realizado sobre los textos de la guerra fría, recordando que ya no sirven las reglas fijas del conflicto y que es necesario adaptarse a las nuevas, imprevistas, difusas y cambiantes situaciones que acompañan al desarrollo de la crisis.

En la tercera parte del libro, y a la vista de los factores analizados, el autor insiste en la necesidad de alcanzar un nuevo orden, en el que Europa, debe asumir un papel protagonista. Pero el viejo continente presenta aspectos sombríos, el sueño de la Europa federal se desvanece y surgen nuevos obstáculos que demandan mayor organización: fronteras inciertas, minorías, discutibles separaciones territoriales y étnicas y frente a esa

necesidad de orden, sólo aportamos una estructura imprecisa y en ocasiones, con menor solidez que en la antigua Edad Media. Para el autor, resulta imposible comprometerse con ideas complejas sobre Europa, cuando no hemos sido capaces de parar una guerra en nuestro mismo continente y cuando la presión constante de los nacionalismos nos aboca a lo «*informal e imprevisible*» y nos conduce hacia la nueva Edad Media en peores condiciones que su antecesora.

Frente a los grandes problemas como las migraciones, explosión del dinero negro, o el control de los conflictos locales, se pone de manifiesto la incapacidad de los Estados, actuando por separado, para poder adoptar medidas eficaces. Sólo es posible atacar los grandes problemas a escala continental o intercontinental. Ante esa situación, nos encontramos en presencia de unas estructuras débiles cuando más se necesitaba un aparato internacional eficaz. Como dice Minc, fuera del ámbito económico, no existen organizaciones internacionales efectivas:

«Se necesita siempre lo mismo: un marco internacional, reglas homogéneas y mecanismos de vigilancia y de control. Pero tales instituciones no existen».

En el momento actual, pensar en la tutela americana es ilusorio. Las distintas organizaciones que se multiplican al amparo de la ONU, sirven para tranquilizar nuestras conciencias pero son totalmente ineficaces. Así pues, es necesario poner imaginación y pensar que para ello, podemos emplear la ya existente Comunidad Europea. Aunque en ese proyecto hemos perdido una oportunidad, aún estamos a tiempo siempre que se cambie el eje económico por el eje político, y se profundice en este último campo, creando una forma de funcionamiento parecida a los antiguos imperios. Hemos fracasado en la Europa federal, pero aún podemos crear «*un excelente imperio democrático*», cuyo elemento estabilizador pasaría por el eje franco-alemán.

Sin embargo, como indica Minc, «*nos acercamos al cero ideológico*». Las ideas tradicionales han ido desapareciendo y con ellas el mundo del orden. La caída del comunismo arrastró, tanto al socialismo, borrando las ideas que preconizan una evolución de la sociedad en nombre de una esperanza, como al liberalismo. Esta última ideología, se ve afectada al haberse desarrollado como reacción al comunismo, con lo que ha perdido su estímulo, apoyo y referencia. Paradójicamente, su punto débil se sitúa en el monopolio ideológico, al ser el chivo expiatorio de todos los males que afligen a la humanidad.

Para el autor, la nueva Edad Media requiere de una ideología de varias dimensiones, con profundidad histórica y con capacidad para comprender la complejidad. Esa nueva Edad Media, surge sobre la antigua con problemas añadidos derivados de un desarrollo desordenado, lo que nos sitúa ante unas perspectivas poco esperanzadoras, especialmente, por carecer de la necesaria *«armadura intelectual o ideológica»*. El soporte y respaldo de la fe, propio de la antigua Edad Media, no se llena ni con nacionalismos exacerbados, que han cambiado la razón por la belicosidad, ni con las nuevas religiones, donde *«Dios vuelve en forma de fanatismo e de irracionalidad»*, más bien al contrario representan nuevos focos de desorden.

En el entorno en el que nos movemos no resulta fácil ver la luz para aquellos que buscan una nueva ideología. La sociedad actual no premia las posturas e ideas originales, esclava como se encuentra de la nueva fuerza motriz que es la opinión pública, a la que temerosa de salir derrotada, hasta las clases dirigentes se someten a su imperio. Pero como subraya el autor:

«Con su tendencia a reducirlo todo al mínimo común denominador, nuestra sociedad empuja hacia los pensamientos débiles, las ideas tranquilizadoras y las filosofías del statu quo. Son las minorías comprometidas, las visiones proféticas y los golpes de suerte políticos los que hacen moverse al mundo y no las encuestas y los sondeos de opinión, que, por lógica, expresan el punto de vista medio... las sociedades contemporáneas prohíben la desviación, la originalidad y la creatividad».

Parece pues evidente que lo que Minc denomina el fin de los Tiempos Modernos, no va a dar lugar a un progreso intelectual del que salgan las nuevas ideologías. Los síntomas son más bien al contrario. Por ello, es necesario construir lo que Alain Minc denomina, una caja de herramientas conceptuales, con los siguientes preceptos básicos: racionalizar el mercado; conocer las constantes que fabrica la historia para poder prevenirlas; las elites deben asumir y afrontar las nuevas áreas que se salen de su radio de acción; adoptar políticas activas, pues las situaciones inestables tienden a degenerar por naturaleza; no buscar el apoyo en principios sólidos de cohesión que la sociedad actual no posee.

¿Cómo debemos actuar? La autoridad debe cambiar su forma de actuación basada en el consenso; debe tener en cuenta los efectos múltiples, actuar a la más mínima señal de riesgo, y debe hacerlo con flexibilidad para poder reconducir trayectorias equivocadas.

«Lo que resulta es, pues, un arte extraño hecho de firmeza y de flexibilidad, de rigidez y movilidad, en perpetuo movimiento y, al mismo tiempo, inflexible sobre algunos puntos fundamentales. Tiene que hacer suyo un doble imperativo... imaginación y riesgo»